

La individuación y el trabajo de los individuos*

Kathya Araujo

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

Danilo Martuccelli

Université de Lille 3

Resumen

Este artículo parte por reconocer la creciente importancia del individuo para la comprensión de las sociedades en el momento actual al mismo tiempo que subrayar ciertos impasses cuando la estrategia privilegiada para ello es la socialización o la subjetivación. En este contexto, y una vez formuladas una serie de críticas a estas vías, el artículo presenta y desarrolla las maneras en que es posible desde la individuación dar cuenta por un lado, a escala del individuo, de las principales pruebas de un tipo de sociedad y, por el otro, analizar concretamente las maneras como en este marco los individuos son capaces de construirse como sujetos.

Palabras clave

Individuación — Sujeto — Pruebas — Individuo — Socialización — Subjetivación.

Correspondencia:

Danilo Martuccelli

Université de Lille 3 - CeRIES

Domaine Univers du "Pont de Bois"

BP 60149

59653 - Villeneuve d'Ascq Cedex -

France

e-mail: dmartuccelli@nordnet.fr

* Este artículo ha sido posible gracias al proyecto Fondecyt 1085006.

*Individuation and the work of individuals**

Kathya Araujo

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

Danilo Martuccelli

Université de Lille 3

Abstract

This article starts by recognizing the growing importance of the conception of the Individual in order to understand contemporary societies, while it focuses on certain impasses arising when socialization and subjectivation strategies are favoured to approach this subject matter. After formulating some criticism to both of these strategies, the article presents and develops the ways in which individuation allows explaining, at the scale of the individual, the main trials in a specific society, and it analyzes how individuals are able to build themselves as subjects within this framework.

Keywords

Individuation – Subject – Trial – Individual – Socialization – Subjectivation.

Contact:

Danilo Martuccelli

Université de Lille 3 - CeRIES

Domaine Univers du "Pont de Bois"

BP 60149

59653 - Villeneuve d'Ascq Cedex -

FRANCE

e-mail: dmartuccelli@nordnet.fr

** This article has been made possible by the project Fondcyt 1,085,006.*

La tesis que el individuo es una vía relevante para entender las sociedades contemporáneas, ha adquirido una creciente importancia en las ciencias sociales (Martuccelli, Singly, 2009). La centralidad actual del individuo en la sociología procede de la crisis de la idea de sociedad y testimonia de una transformación profunda de nuestra sensibilidad — a saber, el hecho que el individuo es el horizonte liminar de nuestra percepción social. De ahora en más, es en referencia a sus experiencias que lo social obtiene o no sentido. El núcleo central de este proceso puede enunciarse simplemente. De la misma manera en que ayer la comprensión de la vida social se organizó desde las nociones de civilización, historia, sociedad, Estado-nación o clase, concierne ahora al individuo ocupar este lugar central de pregnancia analítica. En este contexto, el principal desafío de la sociología es lograr dar cuenta de los principales cambios societales desde una inteligencia que tenga por horizonte el individuo y sus experiencias.

Sin embargo, si el individuo debe ser colocado en el vértice del análisis, ello no supone en absoluto una reducción del análisis sociológico al nivel del actor, sino que aparece como la consecuencia de una transformación societal que instaura al individuo en el zócalo de la producción de la vida social. Para dar cuenta del nuevo rol analítico que le concierne al individuo en el período actual, las teorías de la socialización y de la subjetivación presentan, como lo veremos, un conjunto importante de insuficiencias que invitan a privilegiar una estrategia otra que, partiendo del proceso de individuación, sea capaz de describir el trabajo del individuo para fabricarse como sujeto.

Aclaremos este punto, y ello tanto más que en la sociología de la educación, la socialización ha gozado, sin lugar a dudas, de una preeminencia importante. La socialización no es la única manera como puede concebirse el proceso de fabricación de los individuos. Al lado de ella, es posible diferenciar por lo me-

nos dos otras grandes estrategias: la subjetivación y la individuación. Esquemáticamente, la socialización estudia el proceso de fabricación socio-psicológico del individuo; la subjetivación aborda, en el marco de la sociología, el problema de la constitución del sujeto como el resultado de una dinámica socio-política de emancipación; la individuación se interesa, desde una perspectiva socio-histórica, al tipo de individuo que es estructuralmente fabricado en una sociedad (Martuccelli, 2007). En este artículo defendemos la tesis que es indispensable, si se quiere extraer todas las promesas contenidas en una sociología del individuo, privilegiar la individuación como la principal estrategia para refundar una macro-sociología.

El personaje social, la socialización y la teoría de la sociedad

Uno de los grandes méritos de la sociología fue durante mucho tiempo su capacidad de interpretar un número importante de situaciones y de conductas sociales, desiguales y diversas, con la ayuda de un modelo casi único. En última instancia, en efecto, la verdadera unidad disciplinar de la sociología, más allá de escuelas y teorías, provino de esta vocación común, del proyecto de comprender las experiencias personales a partir de sistemas organizados de relaciones sociales.

Un modelo clásico

Ningún otro modelo resumió mejor este proyecto que la noción de personaje social (Martuccelli, 2002). El personaje social no designa solamente la puesta en situación social de un individuo sino mucho más profundamente la voluntad de hacer inteligibles sus acciones y sus experiencias en función de su posición social, a veces bajo la forma de correlaciones estadísticas, otras veces por medio de una descripción etnográfica de

medios de vida. En los dos casos le fue otorgado a la socialización un papel importante y fue esta mirada la que durante mucho tiempo definió la gramática propiamente sociológica del individuo. Cada individuo ocupa una posición y su posición hace de cada uno de ellos un ejemplar a la vez único y típico de las diferentes capas sociales. El individuo se encuentra inmerso en espacios sociales que “generan”, a través un conjunto de “fuerzas” sociales, sus conductas y vivencias (y poco importa la noción empleada para dar cuenta de este proceso — sistema, campo o configuración) (Parsons, 1951; 1964; Bourdieu, 1979; Eliás, 1990). En breve, la más venerable vocación de la sociología reside en el esfuerzo inagotable por hacer de la posición ocupada por un actor el principal factor explicativo de sus conductas.

Esta articulación entre una posición social y un tipo de actor, gracias a la teoría de la socialización, fue tanto más exitosa que se apoyó, durante décadas, en torno a una idea de la sociedad concebida como la articulación de diferentes niveles de la realidad social, al punto que entre el actor y el sistema la fusión fue incluso, en apariencia, de rigor, a tal punto el uno y el otro parecían ser como las dos caras de una misma moneda. El triunfo de la idea de sociedad, ya sea por sus articulaciones funcionales entre sistemas o campos (o por la determinación en última instancia de la cultura por la infraestructura), y la noción adjunta de personaje social, no significó en absoluto la liquidación del individuo sino la imposición hegemónica de un tipo de lectura. Fue alrededor de esta pareja como se forjó el auténtico corazón analítico de la sociología.

La crisis del modelo

Es este proyecto intelectual que ha entrado progresiva y durablemente en crisis desde hace décadas. El modelo aparece cada vez menos pertinente a medida que la noción de una sociedad integrada se deshace y que se

impone (por lo general sin gran rigor) la representación de una sociedad contemporánea (bajo múltiples nombres — post-industrial, modernidad radical, segunda modernidad, posmodernidad, híper-modernidad...) marcada por la incertidumbre y la contingencia.

La situación actual se caracteriza por la crisis creciente de la idea del personaje social en el sentido preciso del término — la homología más o menos estrecha entre un conjunto de procesos estructurales, una trayectoria colectiva (clasista, genérica o generacional) y una experiencia personal. Si muchos sociólogos continúan aún trabajando, incluso implícitamente en el marco de este modelo, progresivamente empero esta elegante taxonomía de personajes revela un número creciente de anomalías y de lagunas. Los individuos no cesan de singularizarse y este movimiento de fondo se independiza de las posiciones sociales, las corta transversalmente, produce el resultado imprevisto de actores que se conciben y actúan como siendo “más” y “otra cosa” que aquello que se supone les dicta su posición social. Los individuos se rebelan contra los casilleros sociológicos — como lo muestra incluso involuntariamente el estudio de uno de sus más connotados representantes (Bourdieu, 1993).

Por supuesto, la corrupción de la taxonomía general es un asunto de grados y jamás un asunto de todo o nada. Sin embargo, la inflexión es lo suficientemente fuerte como para invitar a que se cuestione la voluntad de entender, sino exclusivamente, por lo menos mayoritariamente, los individuos desde una estrategia que otorga un papel interpretativo dominante a las posiciones sociales (en verdad, a un sistema de relaciones sociales), en el seno de una concepción particular del orden social y de la sociedad.

Pensemos en una ilustración simple. A diferencia de lo que durante mucho tiempo afirmó el pensamiento sociológico, para quien la cultura (ya sea por interiorización de normas o por incorporación de hábitos) era lo que aseguraba el ajuste entre la sociedad y la personalidad, gracias a la socialización,

la cultura posee cada vez más una función ambivalente. La constatación, empero, no es una novedad. Sin embargo, la mayor parte de los sociólogos se contentaron antaño con interpretar las desviaciones como anomalías marginales. Para el mainstream de la sociología, como Durkheim lo encarna de manera contundente, la cultura, a través del proceso de socialización, era lo que garantizaba el acuerdo entre las expectativas personales y las posibilidades objetivas. El proceso de fabricación de los individuos, gracias al operador de la socialización, debía conducir — salvo casos excepcionales — a un ajuste progresivo del individuo en la sociedad. Ahora bien, a diferencia de lo que supuso el pensamiento clásico, la cultura es hoy en día una máquina para producir una inflación increíble de expectativas individuales. La razón de ello no se encuentra, como algunos lo han podido afirmar, en el modernismo (Bell, 1982), sino que es una consecuencia más o menos directa de la impronta del mercado sobre la vida social. El mercado crea un conjunto de expectativas cada vez mayores engendrando una falta de adecuación estructural entre nuestras aspiraciones personales y nuestras oportunidades objetivas. Evidentemente, el problema no es nuevo. Es esta inadecuación lo que Durkheim (1995) llamó la anomia — el “mal del infinito” — o sea, el hecho que los actores tengan estructuralmente anhelos que la sociedad es incapaz de satisfacer. Pero eso que aterraba a Durkheim y a sus contemporáneos se ha convertido en un elemento de base de nuestra realidad. Los actores tienen expectativas que sobrepasan estructuralmente sus posibilidades de realización, como el mismo Pierre Bourdieu (1997) lo reconoció en su último gran libro teórico. La cultura engendra deseos que, inscribiéndose como expectativas en los individuos, instaura una distancia social y una frustración a veces generalizada en situaciones sociales incapaces de satisfacerlas. La cultura en la modernidad ha cesado de ser solamente un factor de integración entre el

individuo y la sociedad, y es también un factor activo, cada vez más frecuente, de fisión entre uno y otro.

La importancia de este proceso es tal que la necesidad de nuevas distinciones analíticas se hace patente en la literatura especializada. Por supuesto, los individuos siguen siendo socializados a través de factores culturales que forman su personalidad, pero esta socialización opera en un contexto social en el cual la cultura posee cada vez más un rol ambivalente. Ella ya no es más solamente la garante del acuerdo durable entre el actor y la sociedad (como lo fue en mucho en las sociedades culturalmente cerradas o aisladas), sino que aparece como un agente permanente de diferenciación.

Nada testimonia mejor de esta inflexión que el cambio de rol analítico que se le otorga progresivamente — y a veces subrepticamente — a la socialización. A través de etapas diversas tiende a reconocerse no solamente la idea de la existencia de una pluralidad de culturas en el seno de una misma sociedad, sino, de manera más importante, que dada esta disimilitud de orientaciones culturales no es posible hacer de la socialización el pivote de la integración de la sociedad. Las interpretaciones se sucedieron en cascada durante las últimas décadas: los individuos, en función de sus grupos de pertenencia, subculturas, generaciones o sexo no interiorizan los mismos modelos culturales; todos los individuos, por otra parte, no llegan a ser correctamente socializados; en una sociedad hay un gran número de posibles conflictos de orientación entre los fines y los medios legítimos. En breve, la socialización cesa de ser un principio exclusivo de integración y se transforma en un proceso sometido al antagonismo social.

Por falta de espacio para presentar en detalle esta historia intelectual, evoquemos rápidamente su corazón analítico: la exploración creciente de las dimensiones plurales y contradictorias de la socialización. En efecto, si durante décadas el reconocimiento de la diversidad de las subculturas no cuestionó verdaderamente el carácter unitario del proceso

de socialización, es esta presuposición la que es progresivamente cuestionada. La verdadera ruptura será introducida por Berger y Luckmann (1966) a través de la distinción, que se ha hecho célebre, entre socialización primaria (la de la primera infancia) y la serie de socializaciones secundarias a las cuales está sometido todo individuo a lo largo de su vida. La socialización deja de ser un proceso único y terminado al salir de la infancia y se convierte en una realidad abierta y múltiple. La variable temporal, ampliamente rechazada o minimizada en el momento anterior, adquiere una importancia decisiva. Destaquémoslo: es la toma en cuenta de esta dimensión diacrónica de la socialización, y el reconocimiento de una sociedad altamente diferenciada, lo que está en la raíz de las concepciones conflictuales de la socialización, en los estudios sobre la neurosis de clase (Gaulejac, 1987) o las inflexiones recientes que conoce en Francia el disposicionalismo, en especial bajo la forma de un conjunto heterogéneo de hábitos sociales con fuerte variación interindividual (Kaufmann, 2001; Lahire, 1998).

Esquematisando en exceso, es posible afirmar que a diferencia de la versión canónica del personaje social, estas miradas sociológicas, sobre todo cuando se centran a nivel del individuo, no pueden sino constatar un sinnúmero de "anomalías" o de "disonancias". Ya sea a través de estrategias de incongruencias estatutarias, de ambivalencias normativas, de contradicciones entre hábitos, cada vez se hace más evidente que en un número creciente de contextos el individuo ya no se ajusta perfectamente a una determinada situación. Y en la medida en que los principales rasgos del actor no pueden más ser referidos enteramente a una posición social concebida de manera unitaria y homogénea, los sociólogos están obligados de prestar mayor atención al individuo mismo.

Sin embargo, así efectuado, el estudio de la socialización conoce una variación analítica sustancial. Ayer, la socialización fue concebida como uno de los principales mecanis-

mos de la integración de la sociedad (era gracias a ella que se producía la adecuación entre el actor y la posición); hoy, la socialización aparece como un formidable mecanismo de fisión — cada individuo es el fruto de una serie cada vez más contingente y diversa de experiencias de socialización. Frente a este proceso, la socialización es, rápidamente, una vía sin salida. Y en el fondo terriblemente tautológica. ¿Qué hay de nuevo en afirmar que en una sociedad altamente diferenciada los individuos son plurales? Pero sobre todo, ¿qué es lo que una estrategia de estudio en "profundidad" de los individuos de este tipo es capaz de enseñarnos acerca de la sociedad?

El primado de la individuación

Progresivamente se impone la necesidad de reconocer la singularización creciente de las trayectorias personales, el hecho que los actores tengan acceso a experiencias diversas que tienden a singularizarlos y ello aún cuando ocupen posiciones sociales similares. Pero para dar cuenta de esta transformación es preciso renunciar a hacer de la socialización el principal vehículo de la teoría social y privilegiar el proceso de individuación. Sólo desde ella el proceso de constitución de los individuos es susceptible de convertirse en el verdadero eje del análisis sociológico.

Si el individuo obtiene una tal centralidad es porque su proceso de constitución permite describir una nueva manera de hacer sociedad. Es el ingreso en un nuevo período histórico y societal donde se halla la verdadera razón de ser de este proceso. Es a causa de la crisis de la idea de sociedad que es necesario dar cuenta de los procesos sociales buscando la unidad de base de la sociología "desde abajo", esto es, desde los individuos, con el fin de mostrar otras dimensiones detrás del fin de las concepciones sistémicas totalizantes. En verdad, el desafío posee una doble dimensión. Por un lado, y contra los partidarios de la

noción de personaje social, es preciso afirmar la singularización en curso y la insuficiencia cada vez más patente de una cierta mirada sociológica. Pero por el otro lado, y esta vez contra los adeptos de una cierta sociología del individuo, es imperioso comprender que la situación actual no debe leerse únicamente desde la inevitable pluralidad de disposiciones individuales reduciendo la sociología al nivel del solo individuo. En verdad, a los procesos de incorporación y de transmisión cultural.

Lo anterior invita a colocar la estrategia de la individuación en el centro del estudio del proceso de fabricación de los individuos autonomizándola de los trabajos sobre la socialización. En efecto, frente a los cambios actuales es necesario lograr dar cuenta desde otras bases de los procesos de fabricación de los individuos. En este proceso, las adaptaciones sociológicas de categorías psicológicas, como pueden ser el uso de patologías del alma para describir el período actual (Lasch, 1999; Ehrenberg, 1998), el incremento de la reflexividad, en verdad, de las competencias cognitivas instrumentales (Beck, Beck-Gernsheim, 2001; Giddens, 1991) o las recientes articulaciones entre psicoanálisis y sociología (•i•ek, 2001; Elliott, 2003) adolecen de una insuficiencia común. Estas versiones no logran autonomizar suficientemente la individuación con respecto a la teoría de la socialización (Dubet, 1994).

La insuficiencia no es nueva. El razonamiento de la mayor parte de autores que tomaron la vía de la individuación fue en el fondo bicéfalo. Por un lado, mostraron con éxito hasta qué punto el individuo es indisociable de un conjunto de procesos estructurales que explican justamente sus diferentes perfiles históricos (urbanización, monetarización...). Por el otro lado, cada vez que abandonaban el nivel macro-sociológico para interesarse a los mecanismos efectivos y más singularizantes a través de los cuales se fabricaban individualmente los actores, lo hacían movilizándolo inevitablemente las teorías

de la socialización. De Simmel a Giddens este ha sido el verdadero límite de las teorías de la individuación (Martuccelli, 1999). ¿Cómo establecer sobre nuevas bases este vínculo? Articulando como lo propondremos un dispositivo particular de estudio de la individuación, a través de la noción de prueba, con una versión específica del trabajo por el cual el individuo se fabrica como sujeto.

El proceso de individuación desde las pruebas

La individuación es pues una perspectiva analítica particular de estudio que se interroga por el tipo de individuo que es estructuralmente fabricado por una sociedad en un período histórico. Pero para dar cuenta de este proceso es preciso privilegiar exclusivamente algunos grandes factores estructurales o bien, como lo propondremos aquí, interesarse por un conjunto de pruebas estructurales a las que están sometidos todos los individuos, pero desde posiciones diversas, en el marco de una sociedad. Las pruebas son en este sentido desafíos históricos, socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos que los individuos están obligados a enfrentar en el seno de un proceso estructural de individuación (Martuccelli, 2006).

La noción de prueba propone una articulación entre los procesos sociales y las experiencias personales, pero allí donde la teoría de la socialización busca establecer vínculos necesarios (y a veces incluso inferir conclusiones microsociológicas desde consideraciones macrosociológicas), el estudio de la individuación desde las pruebas busca dejar siempre abierta, y por ende problemática, esta interrelación. Un proceso que, como lo veremos, tiene repercusiones decisivas a la hora de describir el trabajo singular de cada individuo para fabricarse como sujeto.

Las pruebas poseen cuatro grandes características analíticas (Martuccelli, 2006; 2007).

En primer lugar, la noción es inseparable de una dimensión narrativa. La prueba supone en efecto un mecanismo de percepción desde el cual los actores experimentan y entienden sus vidas como sometidas a un conjunto de desafíos o problemas específicos. Procesos en los que los actores se enfrentan menos a “un” momento decisivo (como fue el caso en las antiguas visiones heroicas) sino que se ven obligados a hacer frente a un sinnúmero de experiencias en los que son puestos a prueba. Describir las pruebas implica pues recurrir a una estructura narrativa particular desde la cual se comprende la propia vida como una sucesión permanente de puestas a prueba. Esta narrativa, siguiendo a Simmel (1986) y a Berman (2006), es propia a la modernidad y por ella la vida se vive como una aventura permanente.

En segundo lugar, las pruebas suponen un tipo de individuo que se encuentra obligado, por razones estructurales, a enfrentar estos desafíos. Una concepción que es lo suficientemente abierta como para permitir operalizaciones desde diferentes conceptualizaciones del individuo aún cuando en todas ellas una atención particular debe otorgársele a lo que el individuo percibe. No en el sentido de dar acceso a su subjetividad, sino porque este aspecto, y su percepción a escala del individuo, da cuenta, desde una perspectiva distinta, de un fenómeno colectivo. En todo caso, la vida social está cada vez más marcada por una serie de desafíos (escolares, laborales, relacionales...) que ponen constantemente y estructuralmente a prueba a los individuos. Experiencias tanto más difíciles que tienden a ser vividas como siendo irreductiblemente personales.

En tercer lugar, las pruebas se vinculan a procesos de evaluación. Las pruebas implican la existencia de un sistema de selección de personas que sin invalidar el peso de las posiciones sociales y de los diferenciales de oportunidades que les son asociadas, deja abierto el resultado final del proceso. La

noción de prueba restituye, en este sentido, al proceso de selección de personas su contingencia pero evita subrayar en demasía la singularidad de la manera como los actores salen o no airosos de estos desafíos (como lo hacen, por ejemplo, los estudios sobre la resiliencia). Las pruebas selectivas son de naturaleza distinta, algunas son fuertemente formalizadas (escolares o laborales), otras lo son menos (urbanas o familiares), otras, incluso, pueden no serlo (relaciones intersubjetivas o existenciales). Pero en relación a todas y cada una de ellas, los actores pueden, midiéndose en ellas, “aprobar” o “desaprobar”, “tener éxito” o “fracasar”. Las pruebas serían las que explicarían el juego diferencial que se vincula con las distintas características sociales de los individuos (en términos de clase, género, edad, estado de salud, recursos materiales y simbólicos, etc.). Lo importante, en la aplicación analítica de la noción de pruebas no es, sin embargo, cuantificar en abstracto los recursos (o diferentes capitales) disponibles para el actor, sino de estudiar in situ y en acto, en función del tipo de pruebas enfrentadas y los diferenciales de respuestas de unos y otros, las modalidades específicas de movilización de estos recursos.

En cuarto y último lugar, las pruebas no designan cualquier tipo de desafío o de problema vivencial sino que circunscriben un conjunto de grandes retos estructurales, particularmente significativos, en el marco de una sociedad. Para describir el modo de individuación propio de una sociedad es pues necesario identificar un número reducido y significativo de pruebas. En efecto, aunque sea posible identificar una gran diversidad de mecanismos sociales, el estudio debe restringirse al examen de un número limitado de pruebas, consideradas particularmente significativas para una realidad histórica y social concreta. A veces, y en función de las sociedades, pruebas de índole institucional serán las privilegiadas (escuela, trabajo, familia); otras veces tendrán más peso pruebas relativas al lazo social

(relación a los colectivos, a las normas, a los otros); pero en todos los casos, las pruebas tienen una forma específica y distintiva para cada sociedad. Dicho muy concretamente, describir el sistema estandarizado de pruebas de individuación equivale a describir una sociedad histórica en su unidad. Un modo de individuación no existe sino en la medida en que está vivo el sistema de pruebas que lo forja.

El estudio de la individuación a través de un conjunto estandarizado de pruebas permite poner en pie una estrategia de análisis capaz de describir un conjunto socio-histórico desde coordenadas distintas a las propuestas por la idea de sociedad y sobre todo por la teoría de sistemas (Luhmann, 1995). En estas últimas versiones, como se sabe, no hay más posibilidad de describir de manera unitaria la sociedad, o describir desde ella los individuos, a tal punto la sociedad no es sino una yuxtaposición de sistemas autopoieticos sin principio central. Por el contrario, el conjunto estandarizado de pruebas intenta describir, a escala del individuo, una sociedad histórica.

La declinación de las pruebas

La noción de pruebas permite restituirla a la vida social una consistencia caracterizada por su elasticidad (Martuccelli, 2005), permitiendo, así, analizar la difracción no uniforme de los fenómenos y de las prácticas en la vida social. Evita así la deducción directa de consecuencias microsociales a partir de una visión macrosocio-lógica. En este punto, y tras la crisis de la idea de la sociedad, es indispensable insistir en el hecho que no existe más un vínculo estrecho y unidireccional entre los diferentes niveles sociales (Latour, 2006).

Que las pruebas estructurales estén sometidas a un proceso de difracción, quiere decir que no todos los actores están igualmente expuestos a estas pruebas estructurales. No todos los actores sociales están, por ejemplo, igualmente expuestos a los riesgos de la globalización (Robertson, 1992; Held *et al.*,

1999), lo que implica un amplio juego de declinaciones posibles, ya sea en función de la sociedad en la que viven (las sociedades del Sur o del Norte), del género (los diferenciales entre hombres o mujeres), de la posición social (en los sectores populares o en las capas medias altas), o dentro de una misma posición social (diferencias en función de los sectores de actividad laboral, por ejemplo, según sea asalariado o trabajador independiente, según el tipo de contrato de empleo, entre otras). Si bien las pruebas son comunes a todos los actores de una sociedad, éstas se difractan en función de los diferentes contextos de vida.

Aún más. Las pruebas en el seno de toda vida singular se inscriben temporalmente de manera diversa, lo que implica que a medida que los individuos avanzan en la edad, se encuentran obligados a operar su vida a partir de los resultados obtenidos hasta ese momento, y por ende en medio de un conjunto vivido de pruebas. La sucesión de estas pruebas, no se produce de manera imprevista: al contrario, la sucesión es más o menos estandarizada en las sociedades actuales (sobre todo en lo que concierne el vínculo entre escuela-trabajo-familia). Pero a nivel individual, la inscripción bajo conjuntos personalizados de pruebas es el fruto de una trayectoria vivida fuertemente singular: etapas en las que se combinan los errores y los éxitos, el destino y la fortuna, las oportunidades y las dominaciones, los accidentes y los condicionamientos. En este sentido, y una vez más, no hay tránsito directo entre los niveles. Por un lado, es necesario reconocer y respetar lo que aparece como contingente a nivel de una vida personal (el resultado de las pruebas para cada actor en la singularidad de su experiencia personal), y, por otro lado, tener en cuenta el perfil socio-temporal estandarizado de la sucesión de pruebas a nivel de la sociedad. Es su resolución a escala del individuo lo que define su proceso de individuación.

Así concebida, la noción de prueba permite singularizar el análisis sociológico sin

romper empero con una visión estructural amplia. En efecto, la noción de prueba resulta relevante en la medida en que considera el diferencial resultado de variaciones interpersonales. Un diferencial que explicaría que individuos que disponen de los mismos recursos, y cuyas posiciones sociales son en apariencia muy similares, revelen diferencias muy importantes a la hora de enfrentarlas (Sen, 1992). En sentido inverso, que actores que tienen posiciones sociales desventajosas desde un punto de vista objetivo puedan testimoniar sin embargo en términos subjetivos de experiencias de control o de realización personal más grandes — como, por ejemplo, algunos estudios en Chile lo muestran a propósito de la experiencia de las mujeres (Guzmán *et al.*, 1999). En breve, la individuación por las pruebas intenta dar cuenta de la singularidad de las trayectorias individuales en contextos sociales que se caracterizan simultáneamente por tendencias acentuadas a la homogeneización pero también y de manera importante a la diferenciación.

De los procesos de individuación al trabajo del individuo

Sin embargo, y con el fin de dar cuenta cabalmente de la singularización de trayectorias, es preciso complementar el análisis efectuado a partir de la noción de prueba por el estudio pormenorizado del trabajo que va desde el individuo hacia el individuo. Un espacio analítico que el reconocimiento de la consistencia misma de la sociedad, su elasticidad, permite abordar en toda su complejidad. En efecto, una lectura de los procesos de individuación que toma conciencia de la pluralidad de fenómenos de difracción social, abre un amplio espectro de preguntas sobre el trabajo específico que el actor efectúa en el curso del proceso de individuación (para mencionar algunos, las formas particulares en que se construye una narrativa, las modalida-

des particulares en que se consigue movilizar recursos para enfrentarlas en un contexto específico de determinaciones estructurales...).

Pero así entendido es necesario preguntarse por cómo abordar lo que se juega en el actor mismo y qué aporta a explicar su trayecto particular. De manera más específica: surge la cuestión de saber con qué herramientas conceptuales y analíticas es posible acercarse al trabajo del individuo, evitando, por un lado, psicologizarlo — poniendo el acento en profundizar el estudio de los procesos de interiorización o inscripción —, por el otro, caer en un normativismo que desplaza nociones producidas para ciertas realidades histórico sociales a otras — haciendo, por ejemplo, de sus atributos de autonomía personal o capacidad de elección, como lo propone la tesis de la individualización, un modelo general (cf. para una crítica, Araujo, 2009a). En todos los casos, se impone la necesidad de romper con la tendencia, tan frecuente en los análisis sociológicos, de dejar fuera del estudio el problema del sujeto en el sentido preciso del término (Schimank, Volkman, 2007). ¿Cómo abordar esta dimensión? ¿Cómo abordar concretamente este trabajo?

Límites en la subjetivación

El problema por supuesto no es nuevo y ha recibido incluso una atención particular en los estudios que, desde diversas perspectivas teóricas, han estudiado la producción del sujeto desde la subjetivación. Foucault (1975; 1976), por ejemplo, ha subrayado que el sujeto es producto de mecanismos de poder, discursivos e institucionales. Producción que se da por medio de técnicas diversas, históricamente determinadas, que aportan a la meta principal de disciplinamiento. Los teóricos inspirados en la obra de Lacan (•iek, 2001; Miller 2005) han puesto el acento en las transformaciones de lo Simbólico (y de manera más específica, su debilitamiento) y sus efectos para la constitución de los sujetos. En cuanto el sujeto es concebido como efecto de lo simbólico, sostenido en lo simbólico aunque inci-

tado por lo Real y entrelazado por el Imaginario, las variaciones estructurales a este nivel son directamente imputadas como responsables de las características que toman las subjetividades. Finalmente, los aportes desde una perspectiva posmoderna o de inspiración deconstructivista (Butler 2001a, 2001b; Braidotti, 2000; Lyotard, 1979), han puesto el acento en el carácter no idéntico del sujeto. Desde aquí, el sujeto es concebido como flujo, múltiple, en permanente movimiento y desplazamiento, ya sea entre juegos de lenguaje u ofertas identificatorias a las que responde con procesos imitativos. El carácter nómada y performático del mismo es subrayado.

Perspectivas críticas importantes, en todas ellas es observable empero una cierta limitación. En el caso de Foucault, el análisis es subordinado a una interpretación en el que se le entrega a las estrategias de producción histórico culturales un poder extremadamente amplio en la constitución de las subjetividades, tendiéndose a situar al sujeto en el marco, válido pero en extremo reducido, de un juego binario conformado por la dominación y la emancipación. El problema del sujeto queda en exceso asociado al de la sujeción: la herencia weberiana se inscribe tanto en el pesimismo de una versión reelaborada de la "jaula de hierro", como en una salida de tipo ético-moral fuertemente individual (Martuccelli, 1999; Schroer, 2000).

En el caso de los aportes desde el psicoanálisis lacaniano, este nivel de análisis del sujeto ha sido excesivamente autonomizado, lo que ha impedido dar cuenta, con justicia, de su carácter histórico y encarnado. Aunque la dimensión de la contingencia a nivel individual está en el centro de las lecturas (las vicisitudes de los encuentros con lo Real que tienen como efecto una pluralización de las modalidades de subjetivación), esta dimensión contingente desaparece en la medida en que el punto de vista se coloca del lado de la estructura simbólica misma que antecede al sujeto. Dicho de manera simple, si el sujeto está concebido con un cierto grado de maleabilidad, la estructura que lo produce y lo contiene es con-

cebida con un altísimo grado de homogeneidad y rigidez.

Finalmente, las propuestas posmodernas y deconstructivistas han tenido especiales dificultades para ser traducidas o para resistir el contraste con los avances en los estudios sociales, particularmente de aquellos que trabajan desde la perspectiva de la producción de identidades, de la integración o del problema de la cualidad del lazo social. Por un lado, la propuesta de la fluidez y perpetuo movimiento del sujeto se topa con la evidencia de las constricciones e imperativos discursivos e institucionales sociales que se expresan en acendradas tendencias a la homogeneización. Por otro, la inexistencia de un punto mínimo de consistencia en el sujeto deja abierta algunas preguntas respecto al sentido de la acción social y a la viabilidad de la acción política.

Las indicaciones que se desprenden de estas críticas para todo esfuerzo de acercarse al problema de lo que está en juego en el uso de la noción de sujeto para entender el trabajo del individuo es triple. Uno, el de la restitución de la agencia. Dos, el respeto al carácter socio-históricamente situado y encarnado del sujeto. Tres, la incorporación de una cierta estabilidad propia al sujeto.

El trabajo del individuo para fabricarse como sujeto

Para salir de estos impasses es preciso reconocer que la inteligencia de la acción social no es nunca resultado de una relación directa entre las determinaciones sociales y culturales y el individuo. En todos los casos se trata de una relación mediada por una representación del sujeto. No obstante, este sujeto no puede ser concebido como efecto puramente normativo (de discursos, dispositivos u órdenes simbólicos) así como tampoco de la pura contingencia (sea derivativa o interaccional). El sujeto debe ser entendido como resultado del trabajo permanente realizado por los individuos. Pero este trabajo no es

resultado de la sola voluntad consciente y autónoma de los mismos. El trabajo de los individuos para producirse como sujetos está condicionado por lo que le toca a la acción simultánea del ideal y de la experiencia social. Es decir, el trabajo del individuo para constituirse como sujeto no procede de su libre voluntad, del proyecto de encarnar heroicamente una figura del sujeto (Sartre 1943; Touraine, 1997), insertarse en una tradición política (Bellah, 1985) o articular su identidad desde fuentes morales diversas (Taylor, 1989), sino que resulta y se constituye en la encrucijada (siempre contingente, nunca completamente azarosa) constituida por los ideales y la experiencia social (Araujo, 2009c). El sujeto que cada uno puede llegar a ser se define en el interregno que es constituido por los ideales que lo orientan y lo que su experiencia social le dice sobre las vías posibles, aconsejables y eficientes para presentarse y conducirse en lo social. De esta manera, lejos de una visión sustantiva o de puro flujo nómada (Derrida, 1967; Braidotti, 2000), el sujeto requiere ser entendido como una configuración. Son estas configuraciones de sujeto las que cumplen en los individuos la función de orientación y legitimación de sus actos en el mundo, pero, insistamos, ellas son al mismo tiempo efecto del trabajo del individuo, y de las maneras como éste responde a las distintas pruebas a las que se encuentra sometido en una sociedad (Araujo, 2009b).

Por cierto, cuando se alude en este trabajo de sí sobre sí mismo a la acción del ideal, no se trata de la actuación de cualquier o todo ideal. Se trata de aquellos que, retomando las propuestas psicoanalíticas (Freud 1974a, 1974b; Lacan, 1980), han alcanzado su inscripción en el individuo. Un proceso que no puede, tampoco aquí, ser entendido como directo y sin mediación. Los ideales sociales no actúan de manera mecánica en la conformación y acción de los individuos concretos. Ello explica la acción siempre desigual y plural de los ideales sociales cuando se los piensa desde la perspectiva individual. Lo importante por ende, a este nivel de estudio, no es dar cuenta de los gran-

des ideales (o figuras del sujeto) presentes en una sociedad sino lograr rastrear las maneras efectivas por las que algunos de estos ideales han logrado inscribirse en los actores individuales. Dicho de otro modo, y para apoyarnos en términos psicoanalíticos, de qué manera y bajo qué modalidades algunos de estos grandes ideales forman parte del Ideal del Yo de cada actor, esto es, del lugar “desde el que nos miramos de modo que nos resultamos amables, dignos de amor” (•iek, 1992, p. 147).

Ahora bien, de la misma manera que no puede pensarse en una relación lineal y mecánica entre Ideal social y acción, tampoco es posible hacerlo con respecto a las experiencias sociales. Las experiencias sociales entregan insumos básicos para la orientación en el mundo porque aportan al trabajo interpretativo de las situaciones, pero más aún porque contribuyen a establecer el contexto de posibilidades e imposibilidades desde las cuales el individuo puede enfrentar las distintas pruebas. Pero no todas las experiencias tienen un peso similar para los individuos, como tampoco cada una de ellas es suficiente para orientar sus acciones. Es decir, no son las experiencias sociales en general las que intervienen orientando la acción individual sino el saber sobre lo social que se decanta de ellas. Si del lado de los ideales sociales es indispensable considerar su inscripción como mediación, del lado de la experiencia se requiere tomar en cuenta el proceso de “filtrado” al que se encuentran sometidas. Las orientaciones que toman los actos individuales son el efecto de múltiples y variadas experiencias, sin embargo, y dada la profusión de estas experiencias, y la diversidad de sus modos de incorporación, conscientes e inconscientes, imposible hacer de este proceso — como los estudios disposicionales sobre la socialización lo proponen — el corazón del estudio. Ciertamente, en rigor, es la decantación de estas experiencias múltiples la que producirá un saber sobre lo social, pero lo que debe retener la atención no es la sedimentación de disposiciones (esto es, la historia acumulativa de los procesos de inscripción o interiorización como lo propone la socialización), sino el trabajo que desde ellas, y

gracias a ideales particulares, efectuará el individuo para fabricarse como sujeto.

De esta manera, y con el fin de describir el trabajo por el cual cada individuo, enfrentando las pruebas, se produce como sujeto es preciso dar cuenta de la acción simultánea del ideal inscrito y de la experiencia social decantada en saber. La configuración de sujeto es producto de experiencias sociales y de la acción de ideales. Esta dualidad explica, por un lado, su carácter provisorio — porque el individuo está obligado por las experiencias sociales y las variaciones en la inscripción del ideal a producir y reproducir el trabajo de su configuración en cuanto sujeto. Por otro lado, permite dar cuenta del “aire de familia” conservado a lo largo del tiempo — en la medida en que los ideales inscritos en el Ideal del Yo individual y la sedimentación de la experiencia procuran una relativa estabilidad. La configuración de sujeto no está cristalizada, pero no está abierta a modificaciones infinitas. A pesar de su maleabilidad debemos contar con la resistencia del material, y ésta está hecha de las huellas de las experiencias y de la acción del ideal. Las configuraciones de sujeto son, entonces, contingentes pero no azarosas. Modificables pero no volátiles. Caleidoscópicas pero no informes.

Los ideales no se apropian completamente de las conciencias y no son el material básico en la producción de sujeto, porque las experiencias, esas que se desarrollan en un mundo social de consistencia elástica, no solo apoyan la función de la reproducción social sino que también actúan como barrera a la misma. Los individuos no actúan en función meramente del ideal pero tampoco sus actos pueden ser leídos como efecto automático de la experiencia social. Las experiencias sociales no bastan para explicar los trayectos individuales, y ello porque no se conforman en el vacío: ellas son elaboradas en el horizonte de los ideales. Incorporar la variabilidad de los ideales, e insistir en el hecho de que su eficiencia depende de su inscripción, así como otorgarle un papel significativo a las experiencias sociales, permite pensar esta propuesta como una opción para aprehender al

individuo más allá de una lectura normativa del mismo así como para concebir su trabajo en el proceso de individuación como tejido por la realidad socio-histórica.

Dos estrategias de estudio y un diálogo

Frente a los impasses de la teoría social y de las estrategias de la socialización o subjetivación, la propuesta presentada en este artículo tiene como horizonte común abordar el estudio de las sociedades partiendo de los individuos, pero poniendo el acento en los procesos de individuación. Por un lado, partiendo desde las pruebas es preciso comprender el perfil de una sociedad (gracias al conjunto estandarizado de pruebas). Y por el otro, se trata de dar cuenta históricamente de la manera cómo los individuos se fabrican al responder a ellas. Se trata de una conversación en dos niveles autónomos pero dialogantes: “hacia arriba”, se trata de poner en relación el individuo con el registro societal — y permitir aislar el conjunto estandarizado de pruebas específico a la una sociedad. “Hacia abajo”, se trata de abrir al estudio efectivo por el cual el individuo se constituye como sujeto — lo que exige una lectura de este trabajo considerando que éste se encuentra historizado de forma peculiar por la noción de prueba.

Los dos niveles en el que centran su atención no las hace excluyentes sino que al contrario abre las posibilidades de un enriquecimiento en la inteligencia del objeto estudiado. De manera específica, lejos de la ambición por alcanzar una combinatoria de perspectivas, lo que está en juego aquí es una apuesta por un proceder dialógico. Un diálogo que es posible y productivo, y esto vale la pena de ser subrayado, en el marco del estudio concreto y simultáneo de un mismo proceso.

Históricamente, la adecuación entre el proceso ordinario de fabricación del individuo y el horizonte normativo del sujeto, fue analizado esencialmente a través de la articulación entre diversas teorías de la socialización y de la subjetivación. Los mejores esfuerzos del siglo XX están marcados por esta atracción (piénsese, sobre todo, en las diversas

Referencia bibliografica

- ARAUJO, K. **Individuos y feminismo**: notas desde América Latina. Iconos, n. 33, enero, p.141-153. 2009a.
- _____. **Dignos de su arte**: sujeto y lazo social en el Perú de las primeras tres décadas del siglo XX. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana Vervuert Verlag. 2009b.
- _____. **Habitar lo social**: usos y abusos en la vida cotidiana en Chile actual. Santiago: LOM Ediciones. 2009c.
- BECK, U.; BECK-GERNSHEIM, E. **Individualization**. London: Sage. 2001.
- BELL, D. **Las contradicciones culturales del capitalismo [1976]**. Madrid, Alianza. 1982.
- BELLAH, R. *et al.* **Habits of the heart**. Berkeley: University of California Press. 1985.
- BERMAN, M. **Todo lo sólido se desvanece en el aire [1982]**. México: Siglo XXI. 2006.
- BOURDIEU, P. **La distinction**. Paris: Minuit. 1979.
- _____. (Dir.) **La misère du monde**. Paris: Seuil. 1993.
- _____. **Méditations pascaliennes**. Paris: Seuil. 1997.
- BRAIDOTTI, R. **Sujetos nómades**: corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea. Buenos Aires: Paidós. 2000.
- BUTLER, J. **El género en disputa**. Barcelona: Paidós. 2001a.
- _____. **Mecanismo psíquicos del poder**. Teorías sobre la sujeción. Madrid: Cátedra. 2001b.
- DERRIDA, J. **L'écriture et la différence**. Paris: Seuil. 1967.
- DUBET, F. **Sociologie de l'expérience**. Paris: Seuil. 1994.
- DURKHEIM, E. **Le suicide [1897]**. Paris: P.U.F. 1995.
- EHRENBERG, A. **La fatigue d'être soi**. Paris: Odile Jacob. 1998.
- ELIAS, N. **La sociedad de los individuos**. Barcelona: Península. 1990.
- ELLIOTT, A. **Critical Visions**. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers. 2003.
- FOUCAULT, M. **Surveiller et punir**. Paris: Gallimard. 1975.
- _____. **Histoire de la sexualité**. T-1. Paris: Gallimard. 1976.
- FREUD, S. **Duelo y melancolía [1915]**. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva. 1974a.
- _____. **Psicología de las masas y análisis del Yo [1921]**. Obras Completas. Madrid: Biblioteca Nueva. 1974b.
- GAULEJAC, V.de **Névrose de classe**. Paris: Hommes & Groupe éditeurs. 1987.
- GIDDENS, A. **Modernity and self-identity**. Cambridge: Polity Press. 1991.
- GUZMÁN, V. *et al.* **Trayectorias laborales de mujeres**. Santiago: Ediciones Centro de Estudios de la Mujer. 1999.
- HELD, D. *et al.* **Global transformations**. Cambridge: Polity Press. 1999.
- LACAN, J. **Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano**. Escritos 1. México: Siglo XXI. 1980.
- LAHIRE, B. **L'homme pluriel**. Paris: Nathan. 1998.

- LASCH, C. **La cultura del narcisismo** [1979]. Santiago: Andrés Bello. 1999.
- LATOUR, B. **Changer de société: refaire de la sociologie**. Paris: La Découverte. 2006.
- LUHMANN, N. **Social systems** [1984]. Stanford, Cal.: Stanford University Press. 1995.
- LYOTARD, J.-F. **La condition postmoderne**. Paris: Minuit. 1979.
- MARTUCCELLI, D. **Sociologies de la modernité**. Paris: Gallimard. 1999.
- _____. **Grammaires de l'individu**. Paris: Gallimard. 2002.
- _____. **La consistance du social**. Rennes: P.U.R. 2005.
- _____. **Forgé par l'épreuve**. Paris: Armand Colin. 2006.
- _____. **Cambio de rumbo**. Santiago: LOM. 2007.
- _____; SINGLY F. de **Les sociologies de l'individu**. Paris: Armand Colin. 2009.
- MILLER, J.-A.; LAURENT, E. **El otro que no existe y sus comités de ética**. Buenos Aires: Paidós. 2005.
- PARSONS, T. **The social system**. Illinois: The Free Press. 1951.
- _____. **Social structure and personality**. New York: The Free Press. 1964.
- ROBERTSON, R. **Globalization**. London: Sage. 1992.
- SARTRE, J.-P. **L'être et le néant**. Paris: Gallimard. 1943.
- SCHIMANK, U.; VOLKMANN, U. (Hrsg) **Auflage Soziologische Gegenwarts-diagnosen Eine Bestandaufnahme**, Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften. 2007.
- SCHROER, M. **Das Individuum der Gesellschaft**. Frankfurt am Main: Suhrkamp. 2000.
- SEN, A. **Inequality reexamined**. Oxford: Oxford University Press. 1992.
- SIMMEL, G. **El individuo y la sociedad**. Barcelona: Península. 1986.
- TAYLOR, C. **Sources of the self**. Cambridge: Cambridge University Press. 1989.
- TOURAINÉ, A. **Pourrons-nous vivre ensemble?** Paris: Fayard. 1997.
- I•EK, S. **El espinoso sujeto** [1999]. Buenos Aires: Paidós. 2001.
- _____. **El sublime objeto de la ideología**. México: Siglo XXI. 1992.

Recebido em 27.08.09

Aprovado em 20.10.09

Kathya Araujo é psicanalista, doutora em Estudos Americanos e professora da Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Tem sido professora convidada em diversos programas de Mestrado e Doutorado tanto no Chile como no exterior. Entre suas últimas publicações destacam-se: *Cruce de lenguas* (2007), *Dignos de su arte* (2009), *Habitar lo social* (2009) e *Se acata pero no se cumple?* (2009).

Danilo Martuccelli é doutor em sociologia, professor na Universidad de Lille 3 e diretor do laboratório CeRIES. Tem sido professor convidado em várias universidades francesas e estrangeiras. Entre suas publicações destacam-se: *Sociologies de la modernité* (1999), *Grammaires de l'individu* (2002), *Forgé par l'épreuve* (2009), *Existen individuos en el Sur?* (2010).